

HACIA UNA HISTORIA CRITICA DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA. TEMAS Y PROBLEMAS

Sonia Mottalía

1- Lo "literario". Problemas para una definición

"...pues una herejía contra el arte no la castiga el Santo Oficio, sino los discretos con risa y los críticos con censura".

Sor Juana Inés de la Cruz¹

Aun corriendo el riesgo de entrar a formar parte de aquella secta evocada por Borges, *"la novísima secta de los monótonos (también llamados .anulares:) que profesaban que la historia es un círculo y que nada es que no haya sido y que no será"*, intentaremos hacer algunas, no exhaustivas, reflexiones sobre el más controvertido tema de los que han transformado el estudio de la literatura en su vocación y

¹ Sor Juana Inés de la CRUZ. "Respuesta de la poetisa a la ilustre sor Filotea de la Cruz". En: Obras completas. México, 1953. t. IV.

ocupación: esto es, cómo definir lo "literario", necesario primer paso para avanzar en una Historia crítica de la literatura hispanoamericana.

En estos breves apuntes cabe señalar que las actuales distinciones entre teoría, crítica e historia literarias se estructuran, en la literatura europea, fundamentalmente a partir del romanticismo, donde comienzan a cobrar el sentido de autonomía que hoy les otorgamos al desvincular, en coherencia con la transformación del paradigma poético que el romanticismo propone, estos campos de la retórica, las poéticas y las preceptivas. El deslinde entre teoría, crítica y evolución histórica aparece impregnando los escritos de los maestros del romanticismo europeo. No obstante, estas distinciones no impidieron a los románticos utilizarlas en la definición del significado del quehacer poético en su momento histórico. Así, Coleridge, en su brillante revalorización de Shakespeare no sólo analiza y señala los aciertos de la producción dramática de este autor, sino que utiliza sus hallazgos críticos para elaborar una teoría de la creación y ubicarla en el ámbito específico de las necesidades que su propia época requería; por ello teoría, crítica e historia de la literatura se imbrican en su elaboración².

Luego de reconstruir la evolución del término "literatura" desde Platón a los latinos y su entrada en la lengua castellana para poder enmarcar el objeto de los estudios literarios, Walter Mignolo puntualiza que, desde fines del siglo XVIII, se produce una redistribución respecto al patrón aristotélico: *"la poética ya no es ciencia del saber, como parte de la filosofía, sino ciencia del hacer, como parte de las artes. El saber-acota- ha sido ocupado por la Literatura y las dos familias de palabras (Poética y Retórica) son así dos paradigmas diferenciados: el uno integra la literatura a las ciencias, y el otro, la poética a las artes"*³.

Seguir los avatares de la formación teórico-literaria

2 Vid Jr. VERNON HALL. Breve historia de la Crítica literaria. México, 1982. pp. 144 -154.

3 W. MIGNOLO. Elementos para una teoría del texto literario. Barcelona, 1978. p. 34.

del siglo XX excede, por lejos, el campo de especulaciones que aquí podemos desarrollar. Cabe, sin embargo, recordar que una doble tendencia se abre con él, a las que Mignolo caracteriza como una línea que se dirige a definir los elementos intrínsecos del producto literario, su "esencia óptica", y tiene su origen en el paradigma metafísico de las "filosofías del ser"; y otra tendencia que se encamina hacia la "especificidad", es decir, hacia el rastreo de ciertas características distintivas en los mecanismos lingüísticos que particularizan el discurso verbal literario. Ambas configurarían un paradigma sociológico conceptual que reemplaza a los discursos normativos sobre lo literario: de lo que concluye que *"tanto en el paradigma conceptual metafísico que se funda en la búsqueda de la estructura de la obra literaria como el que se funda en la de la función poética, es necesario distinguir dos facetas: la primera, que intenta la delimitación del objeto de estudio (lo cual implica su definición) y que postula la generalización de un concepto de literatura que es histórico, debería ser considerada como una "generalización empírica", cuya limitación está dada por los hechos (o datos) particulares que le sirven de fundamento; la segunda, que intenta describir ciertos fenómenos particulares de las experiencias empíricas reconocidas como literarias, que debería ser analizada en su aspecto metodológico"*⁴.

Pues bien, ambas tendencias se han reproducido e, incluso, mezclado en los intentos de describir la Literatura hispanoamericana como corpus unitario. Si repasamos algunos de los rasgos caracterizadores con los que se la ha definido nos encontramos con tópicos -es decir: demarcación de lugares semánticos- a partir de las cuales se han fijado, a menudo restringiéndolas, nuestras posibilidades de reflexión.

Por ejemplo, desde Alfonso Reyes⁵ se reitera en nuestros estudios el predominio de lo que este autor denominaba la "función ancilar", o sea la tendencia a otorgar un valor instrumental, social, político, propagandístico, a la producción

4 Ibid., p. 40.

5 A. REYES. "El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria". En sus: Obras completas, t. XV. México, 1963.

literaria. Si bien podemos aceptarlo como rasgo cualificador generalizado y presente en un buen número de obras hispanoamericanas, de acuerdo con una función específica que se le otorga al intelectual y a la producción artística en Hispanoamérica desde comienzos del siglo XIX, lo que no podemos aceptar es que este aspecto devalúe o cuestione la supuesta "literariedad" de tales obras. Habrá que pensar si la "ancilaridad" no es la particularidad que la "función poética" asume en el sistema cultural hispanoamericano, y, una vez comprobada su pertinencia en todos los períodos históricos, diferenciar las características peculiares que tal "ancilaridad" adopta en cada uno de ellos.

La no matización de este concepto lleva a que los estudios críticos de un texto problemático por su inscripción genérica como el *Facundo*, discutan la verdad histórica del mismo, y carguen a favor de lo "literario" de la obra su falta de veracidad, produciendo un ingenuo paradigma en el cual el discurso de la Historia aparece cualificado como "verdadero" y el de la Literatura como "mentiroso"⁶. Este ejemplo, presentado con cierta crudeza esquemática, nos obliga a repensar los conceptos de literatura desde los cuales operamos.

Las primeras consideraciones a realizar deben partir de unas afirmaciones de base,: 1 que la existencia del fenómeno "literatura" es un complejo que, como estructura verbal, depende y se delimita en relación a todas las conductas verbales de un mundo cultural; y 2- que el discurso literario-poético es un tipo de discurso verbal que se autoclasifica y que para hacerlo produce su propio metalenguaje. Lo que afirmamos como literatura, cualquiera sea la definición producida por su propio metalenguaje, va produciendo "conceptos de Literatura" cuya transformación acompaña las variaciones de las normas⁷.

En el terreno de dicho metalenguaje pues, como sistematización de la norma, todos los conceptos de literatura

6 Vid. D. SORENSEN GOODRICH. "Prolegómenos para una historia de la recepción del *Facundo*". En: *Homenaje a Ana María Barrenechea*. Madrid, 194. pp. 439-446.

7 W. MIGNOLO, op. cit., p. 44 y ss.

son válidos: desde el principio homológico propiciado por Borges, como el de la construcción de "figuras" cortazariano o el de Lezama Lima fundado en lo causal e incondicionado; o el de Cieza de León que identificaba *historia y escritura*; cuando decía: *"Y así llamó a la escritura Cicerón testigo de los tiempos, maestro de la vida, luz de la verdad"*.

En esta necesaria separación entre teoría y metalenguajes -variaciones históricas del concepto de "lo literario"- la teoría adquiere el valor de un programa de investigación, que incluye tanto la producción como la relación entre los metalenguajes, las condiciones de aparición y los mecanismos de funcionamiento de los hechos literarios.

*"Extendiendo estas observaciones hacia el campo de problemas que se presentan en la teoría literaria, podemos sugerir que una definición operativa de la literatura no hay que buscarla en las propiedades esenciales (estructura óptica) o específicas (literariedad) del objeto, sino en las interacciones entre, por un lado, un conjunto de estímulos verbales y, por otro, un sistema de valores localizados en los "ejecutores" de este sistema: quienes escriben, quienes leen, quienes interpretan"*⁸. Una definición de lo "literario" es posible, entonces, siempre y cuando sustituyamos las definiciones "reales" -esencialistas, acumulativas y no evolutivas- por definiciones operativas.

Tal conclusión devuelve, es obvio, lo "literario" a la historia, en un doble aspecto: en lo que hace al mensaje verbal en sí, transformado en obra de arte; evitando tanto las definiciones "inmanentes" como las "trascendentes" del objeto literario, y aceptando que las características que lo cualifican no pertenecen exclusivamente a la producción artística. Y, por otra parte, podemos llegar a definiciones operativas de la literatura en el marco de un sistema cultural y en períodos históricos determinados sin pretender alcanzar con ello definiciones "universalistas".

En el que fue el primer intento de sistematización teórica producido en Hispanoamérica, Alfonso Reyes demarca-

⁸ *Ibid.*, p. 49.

ba varias disciplinas para el estudio de la literatura: la **exegética** o germen de una posible ciencia literaria, de carácter técnico y filológico, cuya metodología puede alcanzar desde lo psicológico hasta lo histórico sociológico, incluyendo la estilística; la **teoría de la literatura**, que trata de llegar al fenómeno literario a través de su esencia, por su esquema y espectro; la **historia de la literatura** (visión factual) nacida de una crítica que registra hechos; la **preceptiva** que puede apoyarse, para su normatividad, en criterios estéticos, éticos e incluso políticos y la **crítica**, que puede ser impresionista o artística, pero siempre creadora y enjuiciativa⁹.

Como vemos Reyes repartía las nociones hasta aquí reseñadas como esencialistas y las operativas en corpus delimitados, cuya funcionalidad, a nuestro juicio, se ve entorpecida por su misma estructuración. Es imposible ejercitar la crítica sin reflexionar al mismo tiempo, mientras se realiza, sobre la historia o los criterios normativos que impregnan las obras concretas. De la misma manera, una Historia de la Literatura concebida como "visión factual" nos lleva, necesariamente, a la crónica o a la acumulación de sucesos, con el riesgo de convertirla en un listín amorfo de datos no selectivos y de caer en el fárrago que horrorizaba al propio Reyes, común en las historias al uso. En el caso contrario, surge el concepto de **historia crítica**, que implica un criterio, no sólo selectivo, sino enjuiciador y que debe partir de su implicación con la teoría.

Decía, en relación con este tema, Roland Barthes: *Lo que ha llamado siempre mi atención es que los autores de historia de la literatura van de dos en dos: el Lanson-Truffaut, El Castex-Surer, el Legarde et Michard, igual que los constructores de ascensores. Su selección es bastante parcial. Hacen historia literaria, es decir que convierten la literatura en un objeto cultural definido y cerrado, como si tuviese una historia interna en sí misma. Los valores se mantienen como si fueran fetiches implantados en nuestras instituciones. Lo que habría que hacer con los estudiantes es quitarles de una vez para siempre la propia idea de la*

9 A. REYES, op. cit.

*literatura, preguntarse qué es la literatura, saber, por ejemplo, si pueden incluirse en ella textos de locos, de periodistas, etc.*¹⁰.

Si esta aseveración es pertinente en el campo de los estudios literarios europeos, en el de la literatura hispanoamericana se transforma en un imperativo dado su peculiar desarrollo y la pluralidad de elementos que han entrado a formar parte en su sistema. Por ello creemos fundamental preguntarnos, con las aportaciones de nuevas categorías de conceptualización, tres tipos de preguntas diferentes: a- ¿qué implicamos cuando designamos un conjunto de fenómenos discursivos como literarios? b- ¿cuáles son las relaciones que tales fenómenos han tenido con el sistema cultural hispanoamericano y con otros fenómenos dentro del mismo?; c- ¿qué tipos de relaciones ha mantenido "lo literario" hispanoamericano con otros sistemas culturales?.

Tales preguntas obligan a establecer diferentes niveles en nuestros estudios, ya que la primera se refiere, fundamentalmente, a la formación del **texto literario**; la segunda a la conformación y evolución de **lo literario** en el sistema cultural hispanoamericano y la coexistencia temporal de varios patrones normativos alternativos; la tercera, al modo específico en que ese sistema se ha configurado como tal v. dentro de él. **al papel que ha cumplido y cumple lo literario**. Niveles que, evidentemente, se incluyen retroactivamente.

11- *Algunos problemas históricos en una teoría literaria hispanoamericana*

"Si en estos cantos hay política, es por que aparece universal. Y si encontráis versos a un presidente, es porque son un clamor continental. Mañana podremos ser vanquis (y es lo más probable): de

10 R. BARTHES. En: Conversaciones sobre la nueva cultura. Barcelona, 1980. pp. 126-127.

todas maneras, mi protesta queda escrita sobre las alas de los inmaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter."

Rubén Darío¹¹

En su polémico ensayo sobre la posibilidad de una teoría literaria hispanoamericana, Fernández Retamar señalaba la escasa producción teórica y su tardía aparición en los estudios hispanoamericanos, cuyo inicio hace coincidir con la publicación en 1944 de *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria* de Alfonso Reyes. Fernández Retamar denuncia la vocación universalista de las propuestas teóricas esbozadas desde aquel momento y afirma que las mismas son *"intentos de teoría de la literatura escritos en Hispanoamérica, pero no teorías de la literatura hispanoamericana."*, realzando la impertinencia de tal pretensión en la medida en que no existe un único orden cultural a nivel mundial: *"No existe todavía, por tanto, un mundo uno. Cuando en 1952, el demógrafo francés Alfred Sauvy inventó la expresión "tercer mundo", que tanta fortuna iba a tener a pesar de lo equívoco del ingenioso nombre (que hoy nos satisface tan poco), la amplia aceptación y difusión del mismo por los más disímiles pensadores y dirigentes ratificaría la inexistencia de un mundo homogéneo. Y al no existir éste, aún, no existe todavía, naturalmente, una literatura mundial o general."*¹².

Respecto a la inconveniencia de las definiciones universalistas ya nos hemos extendido; queremos, no obstante marcar nuestras distancias respecto a las afirmaciones del autor cubano. De ellas desprende dos corolarios generales que, a nuestro juicio, distorsionan el perfil de la Historia de la literatura hispanoamericana, a saber: a- que debemos considerar como literatura hispanoamericana a aquella que

11 R. DARÍO. "Prefacio" a Cantos de vida y esperanza. En sus: Obras completas. Madrid, 1956.

12 F. FERNÁNDEZ RETAMAR. Para una teoría de la Literatura hispanoamericana y otras aproximaciones. La Habana, 1975. p. 42 y ss.

se produce a partir de la Independencia, ya que la producción literaria colonial es *"literatura de españoles en América, literatura provincial, en el mejor de los casos, con los naturales rasgos locales que ello supone, algunos de los cuales encontrarían desarrollo posterior"* b- rechazar cualquier metodología elaborada en los países metropolitanos.

La que más nos preocupa es la primera, ya que implica una incomprensión de nuestra gestación y desarrollo histórico al cercenar del proyecto de estudio las bases genéticas por las que Hispanoamérica se define como entidad histórica suprarregional. Fernández Retamar relanza una polémica que ya se objetivó en la historia literaria hispanoamericana y que constituye la base del pensamiento liberal hispanoamericano: la del primer romanticismo. Florencio Varela expresaba así su posición en 1841: *"Ninguna literatura americana pudo haber mientras duró en estas regiones la dominación española. Jamás una colonia tuvo ni tendrá literatura propia, porque no es propia la existencia de que goza, y la literatura no es más que una de las muchas fórmulas por las que se expresan las condiciones y elementos de la vida social"*¹³. Tal beligerancia, justificable en los románticos, hoy nos resulta inadmisibile, entre otras causas porque podemos matizar y evaluar históricamente el alcance del nuevo pacto colonial que se forja en el XIX.

Otros autores, aunque con un tono menos militante, coinciden con esta perspectiva. Por ejemplo Augusto Roa Bastos señala: *"Si es cierto que la literatura hispanoamericana nace con el descubrimiento, es decir con las Crónicas, la verdadera literatura americana nace con el surgimiento de las literaturas nacionales"*¹⁴; y Rodríguez Monegal afirma que antes de la Independencia hay una *"literatura escrita en la América latina, no... literatura hispanoamericana"*¹⁵.

¹³ Cit. por E. CARILLA. Hispanoamérica y su expresión literaria. Buenos Aires, 1963. p. 29.

¹⁴ A. ROA BASTOS. "Imágenes y perspectivas de la narrativa hispanoamericana actual". En A. OCAMPO. La crítica de la novela iberoamericana contemporánea. México, 1973. p. 37-38.

¹⁵ E. RODRIGUEZ MONEGAL. "Tradición y renovación". En: VV. AA. América Latina en su literatura. México, 1979. p. 142.

Esta posición ha llevado a algunos autores -como Jean Franco- a excluir la producción colonial de sus historias, considerando que la colonización impone la tradición literaria europea e inhibe la expresión local. El sustrato de estas posiciones, evidentemente, parte de la identificación entre cultura hispanoamericana y nacimiento de los estados nacionales, lo cual no deja de ser paradójico, en la medida en que hace coincidir un concepto global -literatura hispanoamericana- con una fragmentación -literaturas nacionales-. Quizá este problemático trazado de los límites de nuestra literatura explica la escasa atención que, hasta décadas recientes, ha recibido la literatura hispanoamericana colonial.

Este problema se interrelaciona con el segundo corolario: que en la crítica hispanoamericana se adopten, a menudo, actitudes fascinadas ante teorías desarrolladas en las culturas centrales, no debe hacernos concluir con negaciones globales. Un estudio histórico crítico de la transformación de los patrones teóricos en la evolución de nuestra crítica literaria y nuestra historiografía, aún en ciernes, puede explicar la ascendencia de los mismos en diferentes períodos de nuestra evolución literaria¹⁶.

De hecho, es recién a partir de la década del '60, acompañando al mal llamado "boom", que la necesidad de elaborar un marco teórico sistemático que explique los fenómenos y la peculiaridad de nuestra producción literaria se impone y ocupa una buena parte del quehacer universitario, llegando con frecuencia a mitificaciones metodologistas. La adscripción a líneas teóricas -desde la sociología de inspiración lucaksiana hasta el "new criticism", el formalismo o el estructuralismo- sustituyó a las dos corrientes que, hasta ese momento y desde la década del '40, dividían a los estudios hispanoamericanos: el historicismo -de herencia romántica o neo- positivista- y la estilística.

A esta preocupación no es extraña la incorporación de Hispanoamérica a los modos de producción, comercializa-

16 Vid. R. GUTIERREZ GIRARDOT. "Revisión de la historiografía literaria latinoamericana". Aproximaciones. (Ensayos). Bogotá, 1986. pág. 13 - 28.

ción y distribución internacional del libro propios de economías orientadas hacia el consumo masivo, en las décadas de 1950-1960. Hernán Vidal marca que la tendencia universalista que es promovida desde el '60 y de la cual, creemos, emana esta necesidad teórica *"resulta ser una forma más de la homogeneización internacional del consumo promovida sobre la base de infraestructuras creadas por conglomerados internacionales, entre sectores de diferentes nacionalidades que tienen acceso al mercado controlado por ellos"*¹⁷.

La ya bizantina polémica que se dirime en nuestras aulas universitarias entre los defensores de la actualización metodológica -no siempre teórica- y la paralela reacción que acusa de alta traición a todo aquello que implique un estudio formal de los textos, es parte de esta problemática.

La aseveración de Fernández Retamar de que una pregunta como la de si existe o no una literatura hispanoamericana es una pregunta que *"ni siquiera se plantean los metropolitanos, y en cambio se la hacen normalmente los coloniales y, sobre todo, ciertos coloniales"*¹⁸ es excesiva. Tal pregunta, formulada en términos esencialistas, ha sido una constante en el desarrollo de nuestras letras. Desde comienzos del XIX, por lo menos, a nuestros días el planteamiento acerca de la identidad cultural hispanoamericana se ha constituido en un eje reflexivo de lo que podemos denominar, con Antonio Cándido, las diferentes etapas de formación de la conciencia histórica de la dependencia hispanoamericana¹⁹, y negarla como proceso es negar su importancia como expresión de un proyecto histórico: la consolidación de un concepto de cultura supra-regional y supra-nacional para Hispanoamérica.

Octavio Ianni ha insistido en que toda consideración sobre la cultura hispanoamericana debe tomar como punto

17 H. VIDAL. Literatura hispanoamericana e ideología liberal: surgimiento y crisis. (Una problemática sobre la dependencia en torno a la narrativa del Boom). Buenos Aires, 1976. p. 10.

18 F. FERNANDEZ RETAMAR, op. cit., p. 49.

19 A. CANDIDO. "Literatura y subdesarrollo". En: América Latina en su literatura, ed. cit., pp. 335-349.

de partida una perspectiva histórica de larga duración donde se sistematice nuestra conformación dependiente. *"Al enfocar el problema de la dependencia estructural -afirma- que caracteriza a las sociedades hispanoamericanas, es conveniente volver a tomar la perspectiva histórica, de larga duración. En dicha perspectiva se verifica que las naciones de América Latina son histórica y constitutivamente dependientes"*²⁰.

Quisiéramos realzar el hecho de que hablamos de una dependencia **estructural**, es decir de una relación en la que determinadas situaciones en las culturas centrales provoca otras, correlativas, en las culturas perisféricas y viceversa: no hay proceso en estos últimos que no altere la situación de los primeros. En este sentido, debemos considerar tanto las relaciones de sujeción y subordinación de estas últimas, como evaluar correctamente los alcances de la interdependencia que genera, tanto en el centro como en la periferia, transformaciones estructurales. La cultura hispanoamericana desde su inicio, se conforma como producto de dicha dependencia; de allí que sea impertinente valorar, desde un punto de vista teórico, las polarizaciones que la misma produce dentro de nuestro sistema cultural.

No pretendemos hacer aquí una relación del complejo proceso histórico hispanoamericano que, a lo largo de cuatro siglos, se ha desarrollado con conflictivos avatares; solamente puntualizar que el estudio de nuestra disciplina debe quedar enmarcado en tal proceso histórico, cuya teorización y profundización nos brinda elementos fundamentales para una comprensión de su literatura. Tampoco queremos subsumir en una generalidad la formación en cada período de contradicciones internas en la historia hispanoamericana y, en consecuencia, el desarrollo de sucesivos núcleos de pensamiento que intentan consolidar alternativas independientes. Justamente consideramos que la negativa a evaluar en el campo ideológico las diferentes escrituras -el "ethos" que ejercitan- en cada época, y la reiteración de tópicos -afirmativos o negativos- hace muy difícil la integración de los estudios literarios en las investigaciones de la historia de nuestra cultura.

20 O. IANNI. Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina. México, 1978. p. 19.

Casi como declaración de principios recordamos las apreciaciones de Tinianov, cuando afirmaba: *"Todas las definiciones estáticas de la literatura son liquidadas por la evolución. Las definiciones de la literatura construidas sobre sus "rasgos fundamentales" chocan contra el hecho literario vivo", señalando que "solo en el plano de la evolución estamos capacitados para analizar la definición de la literatura"*²¹. En esa evolución los límites de los "literario", su periferia, sus fronteras, resultan inciertos; hasta su centro mismo, ya que lo que era definitorio en un momento determinado puede volverse marginal en otro.

Podemos comenzar nuestro breve excursus acerca de la importancia de la dependencia estructural en la conformación del sistema literario hispanoamericano, señalando que la misma ha condicionado los presupuestos de aquellos que lo producen.

Ya en las *Cartas y Crónicas* se expresa una evidente tensión: la necesidad de expresar la visión de una realidad nueva con un lenguaje que no encuentra palabras que se adecuen al referente; el desgarró lingüístico que produce el nombrar una realidad nueva con patrones provenientes de la europea atraviesa la producción colonial. Así, por ejemplo, las descripciones del paisaje americano que encontramos en las *Cartas de Colón*, marcadas por referencias analógicas constantes al paisaje y hombres peninsulares o siguiendo la tónica del paisaje ideal estructurado en la literatura medieval²², son expresivas de tal tensión, en la que se incluye la idealización de los nativos y de sus costumbres: *"Certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra: ellos aman a sus prójimos como a sí mismos y tienen un habla la más dulce del mundo, y mansa y siempre con risa"*.

La llegada de los españoles a América, la conquista

21 I. TINIANOV, "El necho literario". En: VV. AA. Formalismo y vanguardia. Barcelona, 1979. p. 26.

22 Vid. E.B. PALM, "España ante la realidad americana". En: Cuadernos americanos, vol. XXXVIII, n. 2, 1948. pp. 136-37.

y colonización, suponen una ruptura para las culturas precolombinas y la consiguiente destrucción de un universo cultural cuya riqueza no hemos terminado de asumir; sin embargo, la presencia española en América, dirigida por un triple impulso político, económico y cultural, no conduce a la imposición sin más de una cultura dominante, sino que los patrones culturales de los españoles se alteran en el Nuevo Mundo y en el Viejo.

De allí que, desde un inicio, se le asigna a la expresión escrita una función cognitiva que genera, a lo largo de todo el proceso de la literatura hispanoamericana un movimiento que la atraviesa diacrónicamente, y al que Pedro Henríquez Ureña denominara **la búsqueda de nuestra expresión**, es decir, la construcción de un universo literario que intenta expresar a Hispanoamérica como totalidad cultural. La precisa sensibilidad del magistral dominicano acierta al definir ese movimiento como **búsqueda**, como proceso de integración, que incluye elementos destructivos y desestructuraciones; y al tiempo, la coloca en un terreno: la **expresión**, ubicando al americanismo literario en su ámbito específico, el de un trabajo sobre el lenguaje. Probablemente lo correcto de tal fórmula ha hecho que los escritos de Henríquez Ureña, siempre contemporáneos del presente, sienten las líneas maestras para la historia y la crítica hispanoamericana.

Dentro de esta constante búsqueda expresiva se plantean dos núcleos problemáticos: a- el proceso de integración de la cultura hispanoamericana en la cultura occidental y b- la asunción del español como medio de expresión literaria.

El primero hace necesario, en cada período y en el desarrollo de cada movimiento en Hispanoamérica, preguntarse cuáles han sido las relaciones de los mismos con los patrones culturales dominantes; impuestos, pero también transformados en la literatura hispanoamericana. Además, para una mayor riqueza de nuestra perspectiva literaria, deberemos evaluar los aspectos en que la literatura hispanoamericana ha incidido y modificado a las de los países centrales. Esta evaluación no se ha hecho desde el punto de vista hispanoamericanista, tan inclinado a mostrar deudas y primacías, pero sí es realizada por creadores de las culturas centrales; como es el caso del norteamericano John Barth cuando afirma que Borges

y García Márquez constituyen la vanguardia de la llamada "literatura post-moderna".

El segundo problema que se plantea, aunque también adquiere ya el cansancio de lo repetido, es el problema lingüístico. Es obvio que la adopción del español como lengua básica de comunicación y, por tanto, de expresión literaria, está relacionado con la herencia de la imposición lingüística colonial, promovida por la política del imperio. Pero, también es evidente, que la identidad cultural y suprarregional hispanoamericana se constituye, en lo literario, desde esa imposición. La actitud del historiador de la literatura debe estructurarse partiendo de tal hecho.

En la perspectiva hispanoamericanista la relación con la lengua, una lengua abierta, distendida, que explora toda la riqueza de sus posibilidades, e incorpora diversas culturas -indígenas, africanas y europeas- debe mantener una posición teórica correcta. La lengua es el material con el que se trabaja una literatura; la predominancia del español -en su rica modalidad americana- define la literatura hispanoamericana en su cuerpo fundamental. Esto no significa negar la existencia del uso de otras lenguas en nuestra cultura, ni las estrechas vinculaciones que la ponen en contacto con, por ejemplo, la literatura brasileña; sino un intento de acotar el material con el que componemos nuestros corpus de trabajo. El método contrastivo y comparatista es quizá el que nos preste más ayuda para delimitar nuestros campos de investigación y nuestros objetivos, sin caer en generalizaciones ni parcelamientos que desvirtúan la pluralidad cultural que nos caracteriza.

La unidad de Hispanoamérica se confirma en su literatura -la asincronía entre los movimientos literarios hispanoamericanos y europeos, la matización del contenido de los mismos, de los programas y realizaciones, e incluso, la consideración de la heteroglosia y el dialogismo, como elementos diferenciadores,²³ son aspectos que no pueden

23 Vid. A. M. BARRENECHEA. "El español de América en la literatura del siglo XX a la luz de Bajtin". En: Lexis, vol. X, no. 2. 1986.

soslayar una integración en el amplio espacio de la cultura hispánica.

La crítica hispanoamericana, en un intento ingenuo de marcar las diferencias, ha abusado de afirmaciones distintivas frente a la literatura peninsular. Como ejemplo, entre tantos otros, Bareiro Saguier dice: *"Cuando leemos a Bello, Darío o Asturias, aparentemente lo hacemos con los mismos puntos de referencia que cuando leemos a Cervantes, Quevedo o Machado. Sin embargo, existe una diferencia representada por la comodidad con que el español se maneja en su lengua, y la lucha del hispanoamericano por su expresión"*²⁴. Afirmaciones de este estilo parten de la consideración de la literatura -y la cultura- peninsular como un todo homogéneo, sin tener en cuenta su específico proceso de construcción nacional y negando, por otra parte, la lucha -lingüística y política- de catalanes, vascos o gallegos por afianzar y defender sus respectivas culturas. Pero, sobre todo, porque presupone el logro de una identidad expresiva desde una perspectiva finalista, es decir: hay pueblos que ya la poseen y otros que luchan por ella; una vez lograda tal identidad, es un valor permanente e inalterable. Asumir este punto de vista frente a la evolución literaria hispanoamericana nos llevaría a analizar su producción como hacen los diversos desarrollismos en política económica: partir del supuesto de una "carencia" elaborado en virtud de un determinado modelo, para proponer un proyecto que la subsane.

Por nuestra parte, consideramos que la búsqueda de una expresión, definitoria de la literatura hispanoamericana, es una constante estructural de su sistema en la medida en que entra a formar parte del mismo como metalenguaje, cuyos contenidos, matices y realizaciones están penetrados por la dependencia. Es ésta la que ha conformado el sistema literario hispanoamericano en torno a polarizaciones en sus tendencias estéticas, las cuales se han expresado por medio de una serie de tensiones en la estructuración del mismo.

24 R. BAREIRO SAGUIER. "Encuentros de culturas". En: América latina en su literatura, ed. cit, p. 23.

La primera que aparece, como producto de la occidentalización y de la dependencia, presente, fundamentalmente, a partir del siglo XIX, es la bipolaridad de las actitudes culturales, de la cual surgen como planteamientos dicotómicos **la tendencia universalista frente a la nacionalista**, que han condicionado tanto los metalenguajes que cada movimiento literario propone, como la lectura de la literatura del pasado. *"La actitud universalista -afirma Jitrik, en una síntesis que por esquemática es ejemplificadora- propone algo más o menos así: no nos preocupemos más que de los temas que se refieren al hombre, con independencia del azar que lo situó en esta geografía; si lo hacemos bien serenos escritores universales y por lo tanto, nacionales. La posición nacionalista tiene un contenido aproximadamente así: no podemos llegar a la universalidad si previamente no tenemos nacionalidad; para tenerla, en literatura, debemos ocuparnos de incorporar expresamente elementos que son considerados como nacionales"*²⁵.

Dicha dicotomía explica la polémica entre "autenticidad" (expresiva o temática) frente a "extranjerización"; o la de "criollismo" frente a "europeísmo", "populismo" frente a "elitismo", "literatura social" versus "literatura esteticista", que atraviesa la literatura hispanoamericana y anima desde la función social que cumple lo literario en el contexto, hasta la actitud de escritores y lectores frente a la misma. Tal dicotomía, por tanto, es también un eje de contradicciones que organiza el corpus literario y marca la relación entre el sistema literario hispanoamericano y los modelos metropolitanos por negación o afirmación.

Una teoría de la literatura hispanoamericana debe evaluar, entonces, la específica tensión que tales dicotomías provocan en la relación con las culturas centrales, lo cual explicaría otros fenómenos importantes: la división entre "literatura oficial" y "literatura marginal", "literatura culta" y "literatura popular", por ejemplo. Creemos arrojaría luces,

25 N. JITRIK. "Bipolaridad en la historia de la literatura argentina". En sus: Ensayos y estudios de literatura argentina. Buenos Aires, 1970. p. 224.

incluso, al desarrollo de géneros y estilos; es decir explicaría el porqué del llamado "telurismo" o la supuesta tendencia "barroquizante" —para algunos autores, no para nosotros— predominante en el sistema literario hispanoamericano o del cultivo de los géneros "ancilares" —por ejemplo el inusitado desarrollo del ensayo y la prosa política a partir del siglo XVIII— o la aparición de tendencias ex-céntricas como la narrativa fantástica en el XX.

Una teoría de la literatura hispanoamericana deberá sistematizar, entonces, la peculiaridad del uso de los patrones expresivos impuestos por las culturas centrales, su particular desarrollo y sus matizaciones; esto es los desplazamientos y redefiniciones por medio de los cuales el sistema literario hispanoamericano interpreta, se apropia, de los modelos metropolitanos, desde una perspectiva dialéctica. Como apunta Gutiérrez Girardot, tal perspectiva no se corresponde con *"la versión de la dialéctica que circula en los países de lengua española, esto es la triada tesis, antítesis y síntesis, simplificación debida a la "astucia de la teología" que reduce el movimiento a la dogmática y estática manera escolástica del sic-et-non. Y en la que faltan precisamente los dos momentos esenciales de la dialéctica: la intermediación y la absorción, esto es, las transiciones."* Por ello, y para terminar, hacemos nuestra su pregunta: *"¿Para qué y para quiénes escribieron Pedro Henríquez Ureña sus **Corrientes literarias en la América hispánica** y José Luis Romero su obra ejemplar **Latinoamérica: las ciudades y las ideas?**"* 26.

Universidad de Valencia

26 R. GUTIERREZ GIRARDOT. "El problema de una periodización de la historia literaria latinoamericana". Aproximaciones..., ed. cit., p. 44 y 45.